

José Ortega y Gasset

El Espectador III y IV



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© *El Espectador III y IV* (1921-1925). Herederos de José Ortega y Gasset
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-479-6
Depósito legal: M. 25.867-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Nota preliminar

EL ESPECTADOR III (1921)

INCITACIONES

- 23 Leyendo *Le Petit Pierre*, de Anatole France
33 Musicalía

NOTAS DE ANDAR Y VER

- 51 De Madrid a Asturias o los dos paisajes
51 En el tren
53 Dueñas
54 La hermana visitadora
56 Las dos lunas
57 Geometría de la meseta
58 A la vuelta
60 Un paisaje
62 La mirada castellana procede con tacto
69 El otro paisaje
72 Ruralismo

ARTE

79 Los hermanos Zubiaurre

ENSAYOS FILOSÓFICOS (BIOLOGÍA Y PEDAGOGÍA)

- 87 El *Quijote* en la escuela
90 La bicicleta, el pie y el pseudópodo
94 Civilización, cultura, espontaneidad
96 La paradoja del salvajismo
103 Pedagogía de secreciones internas. –
La vida como suma y como unidad
108 El deseo
112 Vida ascendente y decadente
116 El sentimiento
119 El mito
121 La vida infantil
122 El medio vital
125 La psicología del cascabel
129 Paisaje utilitario. Paisaje deportivo
132 La varita de virtudes
137 Meditación del marco
137 Buscando un tema
140 Marco, traje y adorno
142 La isla del arte
144 El marco dorado
145 La boca del telón
146 Fracaso

EL ESPECTADOR IV (1925)

INCITACIONES

- 151 Elogio del *Murciélago*
165 Pepe Tudela vuelve a la mesta
175 Apatía artística
185 Dan-Auta (cuento negro)
195 Carta a un joven argentino que estudia filosofía

MORALEJAS

- 205 No ser hombre ejemplar
213 Esquema de Salomé

TEMAS DE VIAJE (JULIO DE 1922)

- 221 I. Tierra dramática, tierra apacible
223 II. *¡Helion, melion, tetragrammaton!*
228 III. Historia y geografía
231 IV. Amor a la vida. Desdén a la vida
235 V. Destinos étnicos
241 VI. Babel, balbucir, bárbaro

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

- 249 Las dos grandes metáforas (en el segundo centenario del nacimiento de Kant)

AL MARGEN DE LOS DÍAS

- 273 Conversación en el *golf* o la idea del *dharma*

Nota preliminar

José Ortega y Gasset inició en mayo de 1916 su proyecto de revista unipersonal *El Espectador* con el propósito de sacar un número cada dos meses, aun a sabiendas de las dificultades que suponía un empeño de tal envergadura. Su viaje a Argentina en el verano de aquel año y su estancia allí durante varios meses, frustró desde el origen tal periodicidad. El segundo *Espectador* se demoró hasta mayo de 1917. Los dos siguientes, III y IV, que ahora recogemos en este volumen, aparecieron en 1921 y 1925. Si bien es evidente que ya en la segunda entrega, el autor abandonó su propósito inicial de que *El Espectador* fuese una revista bimestral, merece una explicación que el tercer tomo tardase cuatro años en llegar a la imprenta. En diciembre de 1917 empezó a publicarse el diario *El Sol*, del que el filósofo fue no sólo el intelectual de referencia sino también editorialista anónimo durante varios años y una de las personas que dirigieron su línea editorial.

Ortega publicó con notable intensidad en el nuevo periódico. Es rara la semana que no encontramos en sus páginas uno de sus artículos. Este trabajo ocupó buena parte de su tiempo.

Además, siempre compatibilizó esta ardua labor de escritor con su cátedra de Metafísica de la Universidad Central y con los no pocos requerimientos que recibía como conferenciante. En 1923, añadió a todas estas ocupaciones la de director de la *Revista de Occidente*, por él fundada. Al año siguiente, sumó la dirección de la editorial que nació con el mismo nombre como prolongación de la revista. Desde años atrás, Ortega ya estaba muy vinculado al mundo editorial a través de Calpe, luego fusionada con Espasa. Por todo esto, no es extraño que el tercer *Espectador* demorase su salida y que, a partir del mismo, la inmensa mayoría de textos recogidos en este y los siguientes tomos de *El Espectador* hubiesen tenido una publicación previa, la inmensa mayoría de ellos en el diario *El Sol*. Ortega concibió, no obstante, *El Espectador* como un proyecto unitario y agrupó sus tomos en sus *Obras* de 1932 y en sus *Obras completas* de 1946.

Los textos recopilados en *El Espectador III*, publicado originalmente por Calpe en 1921, proceden de «*Le Petit Pierre*, de Anatole France», *El Sol*, 13 de abril de 1919 –recogido en *El Espectador* con el título «Leyendo *Le Petit Pierre*, de Anatole France»–; «Incitaciones. Musicalia», *El Sol*, 8 y 24 de marzo de 1921 –pasando en *El Espectador* a ser «Incitaciones» el título de la sección–; «Unas notas de andar y ver. Vaga opinión sobre Asturias», *España*, 23 de septiembre, y 11 y 18 de noviembre de 1915, y 6 y 13 de enero de 1916 –recogido en *El Espectador* con

el título «Notas de andar y ver. De Madrid a Asturias o los dos paisajes»; «Los hermanos Zubiaurre», *El Sol*, 21 de octubre de 1920; «Biología y pedagogía o el *Quijote* en la escuela», *El Sol*, 16, 18 y 26 de marzo, y 1 de abril, y 18 y 22 de junio de 1920 –recogido en *El Espectador* con el título «Ensayos filosóficos (Biología y Pedagogía). El *Quijote* en la escuela»–; e «Incitaciones. Meditación del marco», *El Sol*, 5 de abril de 1921 –perdiéndose el antetítulo «Incitaciones» en *El Espectador*.

Los textos recopilados en *El Espectador IV*, publicado inicialmente por Revista de Occidente en 1925, proceden de «Incitaciones. Elogio del *Murciélago*», *El Sol* 6 y 18 de noviembre de 1921; «Incitaciones. Pepe Tudela vuelve a la mesta», *El Sol*, 30 de octubre 1921; «Incitaciones. Apatía artística», *El Sol*, 18 de octubre de 1921 (también publicado como «Reflexiones sobre nuestra sordera», *La Nación*, de Buenos Aires, 6 de mayo de 1923); «Dan-Auta. Cuento negro», *El Sol*, 25 de abril de 1922; «Carta a un joven argentino que estudia filosofía», *El Sol*, 4 y 28 de diciembre de 1924 –que todos juntos componían la sección «Incitaciones» de *El Espectador*, desapareciendo este antetítulos en los que así lo llevaban en la prensa–; «Del hombre y de la mujer (fragmentos morales)», *El Sol*, 17 de octubre de 1924 –recogido en *El Espectador* con el título «No ser hombre ejemplar»–; «Esquema de Salomé», *Índice*, enero de 1921; «Temas de viaje (julio 1922)», *El Sol*, 1, 7, 24 y 26 de noviembre de 1922; «Las dos grandes metáforas (En el segundo centenario del nacimiento de Kant)», *El Sol*, 3 y 22 de mayo y 15 de junio de 1924; «Conversación en el golf o la idea del dharma», *El Sol*, 8 de abril de 1925 (también

publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 5 de abril del mismo año).

Los volúmenes de esta «Biblioteca de autor José Ortega y Gasset» presentan un texto nacido del trabajo filosófico, filológico e historiográfico del equipo del Centro de Estudios Orteguianos de la Fundación José Ortega y Gasset – Gregorio Marañón. La investigación se ha desarrollado durante más de una década y ha permitido depurar malas lecturas y erratas de ediciones anteriores, al tiempo que se han descubierto numerosos textos desconocidos, algunos de los cuales no se habían vuelto a publicar desde su primera edición y otros eran inéditos; en ambos casos, enriquecen esta «Biblioteca».

Se ofrece al lector el texto según la última versión que el autor publicó. En el caso de la obra editada de forma póstuma, se sigue el manuscrito más próximo a una versión definitiva. El exhaustivo análisis de los testimonios conservados en el archivo del filósofo ha permitido una fijación textual que en numerosos casos difiere de las ediciones anteriores. Se ha respetado esencialmente la puntuación del propio Ortega, aunque se ha revisado en el caso de la obra póstuma. Se conservan los rasgos estilísticos del autor –como por ejemplo su reconocible «rigoroso» frente al más común «riguroso»–, los resaltes expresivos y particularidades morfosintácticas de su uso lingüístico (mayúsculas para remarcar un concepto, concordancias *ad sensum*, léismos, laísmos), así como las distintas grafías en nombres de personas y lugares.

En la medida de lo posible, se evita la intervención de los editores en el texto, de modo que se mantiene la

versión original incluso cuando se ha detectado algún lapsus –generalmente de precisión de una fuente al citar el autor de memoria. No se pretende dar un texto perfeccionado sino aquel que Ortega entregó a las prensas o en el que trabajaba para su publicación si nos referimos a la obra que dejó inédita. Los añadidos de los editores van siempre entre corchetes, así como los títulos que no son originales del filósofo. Las notas al pie de los editores se indican con *.

En la edición de los textos del presente volumen han participado Carmen Asenjo Pinilla, Iván Caja Hernández-Ranera, Isabel Ferreiro Lavedán y Javier Zamora Bonilla, quienes agradecen el trabajo de investigación y fijación textual previo de sus compañeros Ignacio Blanco Alfonso, José Ramón Carriazo Ruiz, Iñaki Gabaráin Gaztelumendi, Azucena López Cobo y Juan Padilla Moreno.

El Espectador III
(1921)

ὄυ ξυνιαῶσιν ὄκως διαφερόμενον
έωυτῶ ὀμολογέει παλίντροπος
ἀρμονίη ὄκωσπερ
τόξου καί λύρης.

No comprendo cómo la realidad
discrepando de sí misma, concuerda
consigo misma: armonía de lo
antagónico como el arco y la lira.

HERÁCLITO EL OSCURO.— Fragmento 51.

πρὸ τὸν βίον... καθάπερ
τοξόται σκοπὸν ἔχοντες.

Seamos con nuestras vidas
como arqueros que tienen un blanco.

ARISTÓTELES.— *Ética a Nicómaco*,
lib. I, cap. 2.

Incitaciones

Leyendo *Le petit Pierre*, de Anatole France

Cuando el pájaro abandona la rama en que ha cantado deja en ella un estremecimiento. Cuando un sonido sacude el aire, los objetos circunstantes se sienten vulnerados deleitosamente en no sabemos qué elemental sensibilidad oculta bajo el mutismo de su inerte materia; despiertas por el son transeúnte, vibran conmovidas las pobres cosas, piedra, madera o metal, y envían tras él íntimos rumores de respuesta que solemos llamar resonancia.

Del mismo modo, un libro, al ser cerrado, produce ante nosotros un instantáneo vacío espiritual, dentro del cual se precipitan en torbellino ideas, recuerdos, alusiones, gérmenes de ensueños, apetitos que dormitaban y, en vaga nube de oro, polvo de teorías. Son nuestras resonancias de lector. El libro leído repercute en nosotros según el timbre de nuestras íntimas voces. Dura unos momentos el fenómeno. Si los dejamos pasar, podremos hacer sobre el libro

un estudio crítico más o menos sabio y reflexivo; pero no conseguiremos fijar aquellas espontáneas resonancias que, rápidas y en vuelo apasionado, deja escapar nuestra intimidad.

Lo que sigue, pues, no tiene pretensiones de crítica: son los rumores que se escuchan en mi selva interior cuando un viento ideal la ha agitado.

La senectud de Anatole France es florida y fructuosa como un huerto encantado. Ahora, a sus setenta y cuatro años, nos da Le Petit Pierre. La prosa de este libro es tan pulcra, tan cuidada, tan picante, tan alerta, como la de sus primeras obras. A decir verdad, este nuevo volumen no se diferencia en nada importante de todos los demás compuestos por su autor. Un libro de France no es nunca mejor ni peor que otro libro de France. Comenzó su carrera literaria con El crimen de Silvestre Bonnard, y este fruto primerizo resultó ya tan perfecto que fue premiado por la Academia Francesa. Tal apresuramiento en llegar a la perfección suele ser pernicioso, y el caso de France no hace sino confirmar esta regla. Después de Silvestre Bonnard, no le quedaba otro remedio que repetirse. Y año tras año, libro tras libro, France se ha reeditado a sí mismo. Comparando este reciente Petit Pierre con aquel primogénito Silvestre, nos admira el inmarcesible verdor de tan egregio espíritu que en la alta edad modula una canción idéntica a la de sus tiempos mejores. Pero luego advertimos que la juventud de la obra senescente vive a costa de la vejez prematura que se había infiltrado en la inicial. Cierto que Le

Petit Pierre *podía suplantarse a Silvestre: no es más viejo que él; pero también es cierto que Silvestre podía haber sido escrito a los setenta y cuatro años, como Petit Pierre. De esta manera, disminuye un poco nuestra admiración por el perpetuo frescor de France. No se trata de una juventud superviviente, triunfadora genial de la vejez; es más bien el caso de lo que no llega a ser viejo porque nunca fue joven. Perfección lograda a tanta costa me es un poco indeseable. No la envidio, como no envidiaría la sabiduría de Confucio. Según los chinos, Confucio fue concebido, en un jardín, de un rayo de sol que hirió el vientre de una virgen; pero vino a nacer cuando tenía ya ochenta años y los lóbulos de las orejas le habían crecido en forma de dos ciruelas.*

Esta perfección quieta, ajena al tiempo, que no tiene el gesto ascendente y anheloso de un desarrollo, que no se afana, etapa tras etapa, por ampliarse y trascender, no consigue arrebatarme mi temperamento. Yo hubiera preferido un France joven e imperfecto que se orienta vacilante en el ancho horizonte de la vida, que se nutre de inquietud, y que sube y desciende, y se desvía y rectifica. Aunque empezó tarde a publicar, cuando se presentó era ya perfecto. ¡Grave sino! Porque esta palabra perfecto arrastra un equívoco fundado en su etimología. Perfecto es originariamente lo concluido, lo acabado, lo finito: luego significa también lo que contiene todas las virtudes y las gracias propias a su condición, lo insuperable, lo infinito. Hay, pues, una perfección que se conquista a fuerza de limitarse. Los cráneos de los niños africanos se obliteran, se cierran muy pronto; esto quiere decir que llegan antes que los europeos a la plenitud de su desenvolvimiento, pero